El público que compra libros en español, se ha convencido de que no hay en ese ramo otra casa mejor que la de IGNACIO E. LOZANO.--607 Dolorosa St. San Antonio, Texas.

LA PRENSA.

SUPLEMENTO.

Haga usted todos sus pedidos de libros en español a la librería de IGNACIO E. LOZANO, de San Antonio, Texas. Es la casa más barata, segura y acreditada entre las de su ramo.

TOMO I. SAN ANTONIO, TEXAS, JUEVES 11 DE SEPTIEMBRE DE 1913. NUMERO 31

La independencia de México.

Ciento tres años hace que se dió en el pueblo de Dolores el grito de independencia, por el párroco de él, Don Miguel Hidalgo y Costilla, y que empezó la lucha armada que con diversas peripecias no terminó sino hasta el 27 de Septiembre de 1821, que Don Agustín de Iturbide plantó el pabellón de las tres garantías en el palacio de México.

Pero si la lucha empezó entonces, de antemano se venían allegando elementos para ella y las ideas de independencia habían no sólo germinado, sino hasta florecido en los cerebros de muchos criollos, y aun de bastantes peninsulares: en Yucatán y en Tepic había habido intentonas de revuelta con planes absurdos y que fueron prontamente sofocados; el decreto de consolidación de capitales de beneficencia publicado en 1805, creó numerosos descontentos entre todos aquellos a quienes arruinaba por exigírseles el pago inmediato de capitales cuantiosos; las continuas peticiones de dinero que llegaban de la metrópoli para atender a los gastos de las guerras que sostenía en Europa, si bien en un principio fueron obsequiadas hasta con gusto, después llegaron a ser molestas; la formación de un cantón militar en Jalapa, en previsión de un desembarco de ingleses en Veracruz, permitió conocer a la colonia sus fuerzas, pues el ejército allí reunido estaba formado en su totalidad de hijos del país, y sólo los jefes superiores eran nacidos en España.

La noticia de la derrota gloriosa de Trafalgar causó penosa impresión y la alianza de España con el Emperador de los franceses fué motivo de curiosidad y de que en la colonia se despertase la afición por discutir los asuntos públicos. Pero lo que vino a poner el colmo fueron los sucesos de Aranjuez: abdicó el Rey Carlos IV, subiendo al trono Fernando VII; pero a poco éste fué llevado a Bayona y quedó prisionero en unión de los otros miembros de la familia real; el pueblo madrileño se amotinó el 2 de Mayo y empezó la guerra, formándose diversas juntas para el gobierno de la monarquía que había quedado acéfala.

Tales noticias, graves de por sí, y abultadas por la distancia, causaron conmoción en Nueva España; algunos, como los regidores Verdad y Azcárate, creyeron preparar la independencia por la formación de juntas o de un congreso municipal que gobernase en nombre del rey prisionero: el virrey, que había quedado sin protector en la corte, se inclinaba a la idea de quedar presidiendo el gobierno; pero el elemento español era demasiado poderoso y la colonia bastante importante, para que los peninsulares la dejasen perder de una manera tan sencilla; depusieron al virrey, dando con esto un rudo golpe al principio de autoridad y un ejemplo que no tardaría en ser imitado.

Los gobiernos de Garibay y de Lizana, bastante débiles por el carácter de provisionales que tenían, fueron causa de que los antiguos militares del cantón de Jalapa, unidos a algunos letrados y sacerdotes, empezaron a conspirar: la primera conjuración se tramó en Valladolid, pero descubierta por una imprudencia, sus autores fueron presos; mas inmediatamente se tramó otra en Querétaro, en la cual, por relaciones de familia, tomó parte el párroco de Dolores, que a última hora fué el más resuelto de todos los comprometidos, pues habiendo tenido noticia de que él y sus compañeros habían sido denunciados e iban a ser aprehendidos, resolvió lanzarse a la lucha con los elementos que tenía en Dolores.

Secundada la revolución por la clase indígena principalmente, empezó una guerra que pronto se hizo sangrienta y cruel, pues además del consiguiente derramamiento de sangre en los combates, traía aparejados el robo y el saqueo de las propiedades de los españoles y de los afectos a la revolución, el fusilamiento de caudillos y jefes, el asesinato de gente pacífica e indefensa y el desquiciamiento de la sociedad. Inútil y fuera de lugar sería relatar uno por uno todos los acontecimientos de esa época memorable, y únicamente nos proponemos señalar los hechos más salientes de ella y los puntos en que ocurrieron.

La toma de la Alhóndiga de Granaditas fué el suceso más culminante de los primeros días de la insurrección y durante ella se anegaron materialmente en sangre española los insurgentes, que por su parte sufrieron mayores pérdidas que los españoles.

La rápida marcha sobre México sólo se explica por el estupor que causó la insurrección y la potencia con que desde el primer momento se presentó; en poco más de un mes se extendió por el centro del país y ocupó pueblos, ciudades y capitales y habría triunfado si los directores de ella hubieran tenido algunos mayores conocimientos; después de la victoria del Monte de las Cruces fácil hubiera sido ocupar a México, lo que habría dado un prestigio inmenso a la causa insurgente; pero la resolución de Hidalgo de retirarse, le dió un golpe mortal y la sorpresa de Aculco la transformó de una gran revolución, en una sangrienta lucha de guerrillas; en vano fué que se formase un nuevo ejército en Guadalajara; había perdido ya la fe en la causa y sólo sirvió prra ser derrotado en Calderón.

La marcha de los caudillos para el Norte fué la más completa confesión de su impotencia para encauzar la tormenta que habían desencadenado y para triunfar; y la traición de Baján era lo único que podían esperar, pues en una retirada, parecida a una huída, siempre se encuentran traidores. En Chihuahua fueron fusilados los primeros caudillos; pero ya habían dejado germinando la idea que al fin había de producir sus frutos.

El abogado Don Ignacio López Rayón hizo una admirable retirada desde el Saltillo hasta Zitácuaro, en medio de una región que acababa de reaccionar, siendo el hecho principal de ella la toma de Zacatecas; en aquella villa organizó una Junta que quiso fuera el centro de la revolución y que sólo fué un semillero de disgustos; Rayón no supo defender a Zitácuaro y entró en la obscuridad opacado por la fama que iba adquiriendo Don José María Morelos, cuyas campañas en un principio, si no eran tan notables como las primeras de la insurrección, en cambio resultaban más sólidas porque realmente se iba haciendo dueño de las provincias conquistadas en el Sur.

Cuando se creyó ya fuerte resolvió subir a la Mesa Central y envió sus fuerzas hasta Chalco, en el Valle de México; pero temeroso el gobierno virreinal del nuevo enemigo que se presentaba, cargó sobre él todas sus fuerzas, mandadas por el más hábil general realista que había entonces, Calleja, que creyó acabar con su enemigo en una sola acción, pero que se vió precisado a poner un sitio en regla a Cuautla. Ese sitio es uno de los episodios más notables y gloriosos de la época de la insurrección, por la valentía y pericia con que fué sostenido; terminó con la salida de la mayor parte del ejército insurgente, que quedó en aptitud de ir a socorrer a Trujano, que en Huajuapan llevaba 103 días de estar sitiado por fuerzas superiores.

La toma de Oaxaca marcó la época de mayor esplendor de Morelos, que se vió dueño del Sur; pero que cometió el trascendental error de establecer el Congreso de Chilpancingo, al cual quedó supeditado; frente a Valladolid (Morelia) sufrió la primera derrota considerable y que llegó a ser completa en Puruarán; perdió todas sus conquistas y tuvo que huir; otro traidor lo hizo prisionero y en Ecatepec vió levantarse su patíbulo el 22 de Diciembre de 1815. Ya antes habían muerto sus principales tenientes, Matamoros y Galeana, y sólo sobrevivió el generoso Don Nicolás Bravo, al que alcanzó la vida para ver a su patria libre y llena de desgracias.

Innumerables fueron los caudillos que en diversas partes se habían levantado, y el más notable de los que quedaron a la muerte de Morelos fué Terán, que algún tiempo se sostuvo en Tehuacán; merecen también mención, los Ortiz, del Bajío; el Padre Torres, Don Ramón Rayón, Don Guadalupe Victoria, Don Juan Alvarez y Don Vicente Guerrero, que continuaron la guerra; pero el país estaba cansado y uno a uno fueron sucumbiendo: Terán, Bravo y Rayón se indultaron, Ortiz y Torres murieron, Santa-Anna y los defensores de Mezcala se rindieron, Victoria se ocultó y sólo quedó Guerrero. La tentativa de Don Francisco Javier y Mina que con un puñado de hombres hizo una campaña rápida y asombrosa y penetró desde Tamaulipas hasta Guanajuato, no fué suficiente para reanimar el espíritu público, agobiado por tantas ruinas, tanta sangre y tanta desolación como siete años de guerra habían regado por el territorio y la mayor parte del país quedó pacificada en 1818.

Sólo en algunas regiones del Sur de Michoacán siguieron en armas varias partidas, de las que la principal era la de Guerrero, durante los años de 1818 y 1820, y el virrey Apodaca, que había sustituido a Calleja, pudo esperar que al fin vería totalmente pacificada la Colonia de la Nueva España; pero esto no era posible: la revolución de las ideas estaba consumada y vino a confirmarlo la libertad de imprenta decretada como consecuencia del restablecimiento de la Constitución española de 1812; el elemento rico y conservador que se había opuesto a la independencia porque la veía demoledora, pensó en ella como en su salvación y trabajó por hacerla, no costándole ningún trabajo atraer al jefe designado para ir a atacar a los últimos insurgentes.

Don Agustín de Iturbide, que era este jefe, salió de México resuelto a realizar la magna obra, y habiendo visto que la tarea de vencer a Guerrero no era tan fácil como creía, solicitó la cooperación de éste, que no tuvo empacho en darla al ver que de manera tan inopinada se iban a realizar sus designios. Entonces, y cuando muchos creyeron que iba a empezar una nueva y sangrienta guerra, fué cuando terminó ésta. Iturbide tuvo el buen sentido de emprender su marcha por la región más insurgente del país y esto fué causa de que esa marcha se convirtiese en triunfal. Al mismo tiempo, el plan proclamado en Iguala, empezó a ser aclamado en todas partes, y el Oriente lo secundó con entusiasmo; el ejército realista, compuesto de criollos, se transformó en trigarante y acudió a alistarse bajo el pabellón tricolor.

Valladolid abrió sus puertas al afortunado caudillo, Querétaro hizo otro tanto y Jalisco fué evacuado por las autoridades españolas; en esas circunstanciss desembarcó en Veracruz el último virrey español O'Donojú, que al ver el estado del país rompió sus legítimos títulos al gobierno y se prestó a firmar los tratados de Córdoba, creyendo que España sabría aprovecharse de las únicas ventajas que en aquella situación podía obtener.

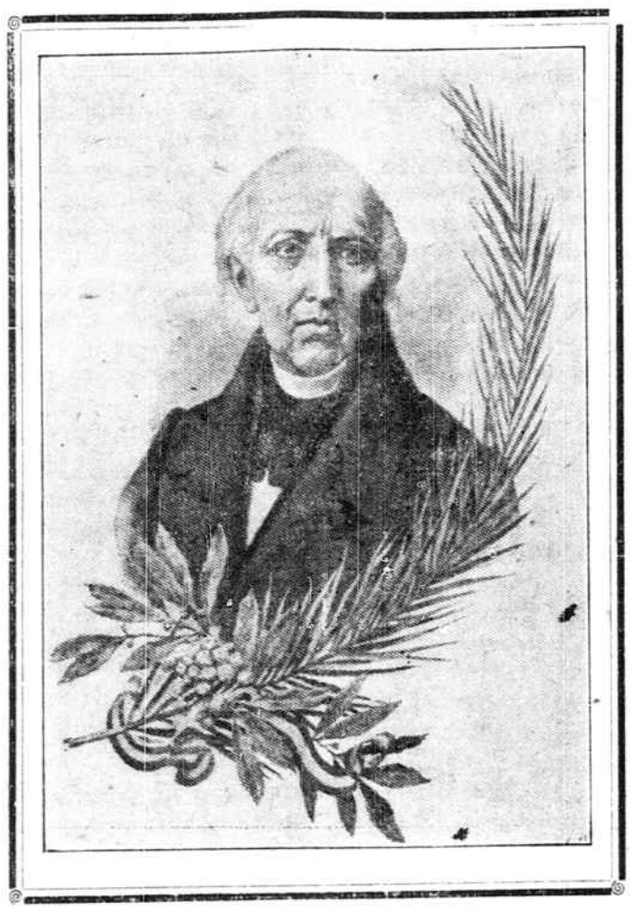
En Durango, en Orizaba y en Atzcapotzalco fueron los únicos puntos donde se peleó, sin contar la acción llamada *Treinta contra Cuatrocientos*, en los llanos de Querétaro; pero aun cuando los realistas hubieran vencido, ellos no podían influir en el resultado final y la independencia estaba hecha, faltando únicamente que ocupara la capital de la colonia: este suceso se verificó el 27 de Septiembre de 1821, enmedio del regocijo más sincero de todas las clases de la sociedad que veían realizada en pocos meses una empresa que había durado muchos años y costado tantos sacrificios, tanta sangre y tanta ruina. Creíase que en el porvenir no encontraría obstáculos la nueva nación que acababa de aparecer y que en breve tiempo llegaría a ser fuerte, temida, poderosa y feliz.

¡Cuánto se engañaban!

Sin embargo, a pesar de todas las peripecias y calamidades sufridas, aun vive la nacionalidad mexicana, y deber es de los nietos de aquellos que murieron por la libertad e independencia de la patria, conservar tan preciado don y legarlo a nuestros hijos.

A. V. V.

1810 - INDEPENDENCIA - 1913.



DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

PADRE DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA.

Un episodio de Cuautla.

A pesar de sus muchos años, el viejo soldado de Morelos se entusiasmaba con el relato de sus campañas, no careciendo de elocuencia sus conversaciones.

Le conocí ya muy anciano. Blancos enteramente sus cabellos; el rostro rugoso y enjuto por la edad y por tener la boca desdentada, pero conservando en sus ojillos toda la vida y juventud que no tenía el cuerpo debilitado.

Sentábase en cómodo *equipal*, con montera en la venerable cabeza que dejaba entrever mechones de pelo rebelde y plateado, apoyaba las manos sobre un bastón, que de cuando en cuando izaba para accionar y para indicar en ol piso lo que describía, forjándose la ilusión de qué dibujaba planos de las batallas, de las fortalezas o de las ciudades que fueron teatro de sus hazañas o de las que le habían contado.

Las narraciones hechas de aquel viejecito, que en paz descanse, me cautivaban mucho; aún las conservo vivas en la memoria como si ayer las hubiera escuchado; y entre otras, ahora quiero escribir la siguiente, narrada por él con sencillez encantadora, que ojalá mi pluma pudiera reproducir.

ooo

"—Luego que supimos en Cuautla que el feroz Calleja venía a sitiarnos, nadie descansó un instante.

"Todos los habitantes se apresraron a sostener el sitio. Se acopiaban víveres y municiones, se abrían fozos y se levantaban trincheras, principalmente en las bocacalles por donde podía entrar el enemige.

"¡Hubiera usted visto, joven, me decía, cómo todos nos ayudaban, secundando las órdenes y los planes de nuestro gran Morelos.!"

Aquí el anciano hacía ademán de levantarse la montera, como homenaje póstumo a la memoria del que había sido su General. Debo advertir que siempre que pronunciaba su nombre, trataba de hacer lo mismo, y aún muchas veces le ví ponerse en pie y dejar rodar copiosas lágrimas, que se bebía llorando de entusiasmo.

"—Sí, joven, todos: los soldados de nuestras tropas y los vecinos de Cuautla: mujeres y hombres, ancianos y niños: todos se preparaban a la lucha.

"En la mañana del día miércoles 19 de Febrero de 1812, el realista Calleja, creyendo que iba a tomar luego la plaza, nos atacó por primera vez y con ímpetu.

"El empuje de sus fuerzas fué tremendo y prolongado. Duró más de seis horas. Retumbaban lss disparos del cañón: silbaban las balas de los fusiles y las piedras de las hondas: chocaban las espadas en los encuentros persoles, pues hubo puntos que por breves momentos llegaron a ocupar nuestros enemigos; y se hundían las puntas de las lanzas en las carnes de los que atrevidos habían asaltado las trincheras, o de los que acá adentro las defendíamos, chorreando sangre, pero ebrios de obtener victoria.

"De repente, cundió la voz entre nosotros de que Don Hermenegildo Galeana había perdido la plaza de San Diego, con tanto esfuerzo y valor defendida por los soldados que estaban a su mandor.

"Aquí fué el ver caras pálidas y rostros de mujeres desfigurados. No por el miedo, ¡porque en Cuautla ni los niños lo conocían!, sino por la consideración de que triunfasen los realistas.

"Esa falsa alarma sembró confusión en los defensores de una de las calles orientales de la plaza de San Diego, que entonces llamaban *Callejón del Encanto*, al que le hacían costado la casa de un tal Lazo, casa que después fué de mi comadre la Silva, y la cerca de la puerta que lindaba con el campo de cañas de San Martín.

"Tras de la trinchera del callejón había quedado abandonada una pieza de artillería, calibre de a 4, ya cargada y próxima a disparar la metralla destructora.

"Entonces un niño de doce a trece años de edad, llamado Narciso García Mendoza, natural del pueblo, y que a la sazón se hallaba oculto entre las casuchas del lado norte de la plaza de San Diego, vió venir la columna enemiga de dragones del regimiento de Guanajuato, con su valiente y arrojado jefe a la cabeza, D. Diego de Rul, *Conde de Casa Rul*, que montaba un alazán, hermoso y de gran alzada.

"Los dragones venían a todo correr, sable en mano; jadeantes y sudorosos sus caballos, y ellos, ahogándose por la fatiga, el calor y el polvo.

"Avanzan, llegan junto al parapeto en donde se encuentra el cañón solitario, al que sólo le hacían compañía mudos y yacentes soldados nuestros, que habían caído allí mortalmente heridos, pero vitoreando a nuestra causa y a nuestro gran Morelos.

"El niño García Mendoza no esperó más. Saltó sobre los muertos, pisó la sangre encharcada, ya fría, que derramaron nuestros bravos artilleros, cuyos cuerpos estaban tendidos aquí y allá, y corrió en dirección de la pieza.

"Uno de los ginetes, previendo lo que el niño iba a ejecutar, extiende su espada sobre la trinchera y hiere a Narciso en el brazo derecho.

"El niño, para no caer, se afianza de una estaca, y, rápido como el pensamiento que había concebido, toma la mecha encendida que se hallaba allí enclavada y da fuego al cañón.

"Relampaguea la luz del fogonazo: el humo de la pólvora asciende por los aires: el disparo

Pasa a la página 12